

Furia

Daniel Medina Flores

Antes de que termine el día estaré muerto. A donde voy no hay luz, no existe esperanza, solo una eterna niebla. Estoy en la cocina sentado en el suelo, apoyada mi espalda a la pared, mi boca queda abierta. Mi vista en el cuchillo ensangrentado en el suelo, veo correr los ríos escarlatas sobre las baldosas que fueron blancas antes de mi acto y me recuerdan lo que hice.

Ahí está ella, su cuerpo aún permanece tibio, pero en sus ojos ya no veo ese fuego, no brillan como en otras ocasiones. Hasta hace unos días reía conmigo, me besaba y yo deseaba sus labios, su cuello, deseaba... Ya no importa. Todo lo que hice, todo lo que gané, todo lo que logré era para ella y mi hijo... mi hijo, el chico aún no llega de la escuela. Cuando lo haga...

Esa empresa la construí yo. Por mí llegaron los clientes, la inversión. Se materializaron esos contratos, la ganancia. Yo era parte de ellos, así me lo decían, «parte de la familia». Les entregué veinte años de mi vida, por eso cuando me dijeron: «nos duele esto, pero los tiempos lo exigen», sentí que mi cuerpo se diluía en un mar de cuentas, en las cartas que llegaban de los bancos, en los créditos, en el préstamo para esa casa en el campo.

Nunca les negué nada. «Cuando me case y tenga hijos, lo que nunca tuve a ellos no les faltará», pensé desde que tengo uso de conciencia, y por eso trabajé para tenerlo todo. Ahora ya no hay nada salvo números rojos ascendiendo. Veinte años para esa casita, el lugar donde encontraríamos un descanso al ritmo agitado de la ciudad. Mi cuerpo se desmoronó como si fuera un montón de arena después de la ola. Veinte años y ahora un mar de deudas. Veinte y al final una patada. ¿Qué les puedo ofrecer? ¿Hiel?

Caminé hacia ella conteniendo mis lágrimas, no le contesté cuando me preguntó qué tenía, solo la besé. «Lo siento. Te amo». Y después vino el filo del acero abriéndose paso entre su piel. La sangre, su cuerpo encorvándose mientras yo la sostenía con mi brazo. Preferí que terminara ahora antes de verla marchitarse junto a mí, prefiero que sus ojos no tengan fuego a que se apaguen ante los días grises y las noches largas.

Ha terminado todo para ella, pero falta el muchacho. Cuando llegue... será mejor así porque yo sé lo que viene si no actúo, yo sé lo que es probar la ilusión y dejar que te consuma en sueños e imágenes que no llegarán. No, no le daré a probar ese infierno.

«¡Traidor!». Escucho una voz. «¡Homicida!». Mis manos comienzan a temblar al mismo tiempo que me castañean los dientes. «¡Asesino!». Llevó mis manos hacia los oídos, quie-

ro taparlos para no escuchar. «¡Traidor, homicida, asesino!». Retumban en mi cabeza una y otra vez, de nuevo, con más fuerza, con odio. ¡Basta!

Escucho un caminar pesado. Cuando tocan el suelo retumban por todo el espacio, suenan como viejos tambores, cada uno me provoca espasmos. Ya vienen, están cerca. ¡No, no! Yo lo hice por salvarlos. Sí, por salvarlos. ¿Hay alguien en este mundo que no estuviera dispuesto a realizar lo que sea, lo impensable, por su familia?

«¡Asesino!». De nuevo esas voces en mi mente. Pero no soy yo quien las produce, son ellas, ya vienen porque yo mismo las invoqué en el momento que clavé el maldito cuchillo a mi esposa. Llegarán por mí. «¡Traidor!». Me golpeo la cabeza porque sus voces se meten en lo más profundo, me taladran, pinchan mi corazón. «¡Traidor!». Gritan. «¡Homicida!». Echo la cabeza hacia atrás y la golpeo con la pared para intentar silenciarlas. No se van, siguen entrando.

Mi cabeza da vueltas, siento como si todo el peso del mundo estuviera sobre mí, apenas logro contenerlo. Respiro agitado. El corazón se me quiere salir del pecho. Las voces siguen, crecen, me atrapan mientras tapo mis oídos y grito. Lo hago tan fuerte como puedo.

Entonces viene el silencio. Abro los ojos. La sangre sigue corriendo por las baldosas. Respiro, aún no termina. Ella se mueve, desde el fondo de su garganta brota un quejido, crece poco a poco y destruye las fibras de mi valor. Junto las fuerzas que me quedan y me acerco para verla, tomo su rostro y sus ojos se incendian. La luz me atrapa. Quiero correr pero mi cuerpo no responde, quiero gritar y la boca se traba. Entonces veo mi futuro, me está anunciando lo que viene: el castigo. Le cierro los ojos y cubro su rostro.

Estoy sudando y el cuerpo tiritita, siento los músculos de mi cara, antes trabados, sacudirse con violencia. Una voz, una ligera voz me habla desde el interior, me susurra y hace que volteé hacia el cuchillo. «Aún no termina». «¡No!». Giro violentamente hacia la pared y apoyo mi frente contra ella mientras cierro mis ojos. «Falta él».

De nuevo los pasos, las voces. Son tres y me recuerdan mi condición. «Aquí está», dice una después de que los pasos terminan. «El criminal», dice otra voz diferente. «El condenado». Abro mis ojos, volteo para verlas. Ahí están: son tres mujeres, sus ropas son sombras, su cabello parece de serpientes, en su pesada mirada solo se siente el odio y un vacío eterno. La primera porta una antorcha, la otra un látigo que al agitarlo suena como el trueno, la tercera señala hacia mi esposa y luego me apunta a mí. «Tomen su corazón, destrocen su mente, reclamen su alma». Se acercan, me rodean. Mi corazón estallará.

Mi mente se turba. A donde voy la esperanza jamás habitará. Mi cabeza da vueltas. Ellas me levantan, repiten lo mismo que me dijeron anteriormente. Entonces la puerta se abre. «Papá», escucho. Mi vista las deja y va hacia el cuchillo. Las tres se apartan, pero no dejan de hablarme. Miro por última vez a mi esposa y pienso en su salvación. Camino con paso lento hacia el lugar donde está mi muchacho. Antes de que termine el día estaré muerto.